

La moda "I"

María Carolina Cubillos Vergara

Resumen

La creciente influencia de la moda femenina en Medellín entre 1930 y 1960, fue un tema de interés en la prensa de tendencia conservadora. Así, en periódicos y revistas como *El Heraldo Católico*, *El Pueblo*, *El Obrero Católico*, *La Familia Cristiana* y *Antioquia por María*, la iglesia católica y algunos sectores conservadores de la sociedad consignaron sus planteamientos que señalaron a la moda como una amenaza real para la estabilidad de las familias, por tener una influencia negativa sobre la mujer, principal estandarte de la religión, que tuvo la importante labor de transmitir los valores y preceptos cristianos.

Palabras clave: Moda, Sociedad, Iglesia Católica, Moral, Mujer.

Abstract

The increasing influence of feminine fashion in Medellín between 1930 and 1960 was an interest topic in the conservative press. In this way, newspapers and magazines like *El Heraldo Católico*, *El Pueblo*, *El Obrero Católico*, *La Familia Cristiana* and *Antioquia por María*, the Catholic Church and some conservative section of the city, show their thinkings about fashion. These ideas show it like a real threat for familiar stability to have a negative influence on woman, main banner of religion that had the important duty to transmit values and catholic mandates.

Key words: Fashion, Society, Catholic Church, Morale, Woman.

Como un poder coactivo dentro de la sociedad, la iglesia católica en alianza con algunos sectores conservadores de Medellín, buscaron contrarrestar todas aquellas manifestaciones vestimentarias, cosméticas y de abalorios, consideradas causa del desorden social y moral reinante en la sociedad colombiana.

El influjo creciente de la moda entre las mujeres debía ser eliminado, y dentro de este contexto, un sector importante de la prensa propagó las ideas con las que pretendían concientizar a la población acerca de los abusos cometidos contra la moralidad cristiana. En los periódicos y revistas de carácter religioso, como *La Familia Cristiana*, *Antioquia por María*, *El Pueblo*, *El Heraldo Católico* y *El Obrero Católico*, la moda fue vista como una amenaza real para la estabilidad de las familias, por tener una influencia negativa en la mujer, principal estandarte de la religión, en quien recaía la importante labor de transmitir los valores y preceptos cristianos a las futuras generaciones. A su vez, la moda fue catalogada junto con el liberalismo, el protestantismo, el ateísmo, la masonería y el co-

munismo, como una creación diabólica que amenazaba con acabar con el cristianismo, la tradición, las buenas costumbres, las virtudes morales y el poder detentado por la Iglesia en la sociedad.

El horror al cuerpo desnudo, la diferenciación entre las mujeres virtuosas y las mujeres “esclavas de la moda”; la campaña moralizadora y la estética cristiana, son algunos de los temas principales que desde el discurso conservador ofrecen perspectivas de análisis para explorar los elementos esenciales de un período caracterizado por la pugna creciente entre lo tradicional –representado en la figura de la iglesia católica– y lo moderno –expresado en la novedad y las nuevas normas estéticas que promocionaron la vuelta a la individualidad y el espíritu hedonista.

El “culto al desnudo”

La vida moderna en Medellín generó una serie de rupturas con el pasado, especialmente en el campo social, cuando la mujer comenzó a jugar un papel más activo al asumir roles novedosos por fuera de

los parámetros convencionales que la conminaban al hogar y al ejercicio de la maternidad. Una minoría, perteneciente a las clases alta y media de la sociedad, tuvo acceso a la educación secundaria y universitaria e irrumpió en la vida pública, participando en eventos y actividades periodísticas, sociales y literarias. La mayoría, inmigrantes de otras zonas de Antioquia, salieron de la tutela familiar e intentaron adaptarse a la condición de trabajadoras asalariadas en la industria y en el sector comercial.

Bajo este influjo moderno, los cuerpos de las mujeres especialmente pertenecientes a la clase alta y media, se engalanaron con elegantes trajes, sombreros, joyas, tacones y diversidad de accesorios, exhibiendo el encanto de sus líneas y formas en las calles, plazas públicas, templos religiosos, oficinas, clubes, almacenes y cinemas, como si estuvieran desafiando los convencionalismos existentes dentro de una sociedad conservadora y fiel a los preceptos religiosos y morales dictados por la iglesia católica.

Esta nueva moda de resaltar la figura femenina no tardó en ser objeto de fuertes críticas por parte de los sectores conservadores de la sociedad y de la Iglesia, quienes le atribuyeron el origen del desorden social y la corrupción de costumbres del momento. Una variedad de adjetivos fueron utilizados para desacreditarla y, a su vez, para minimizar su creciente influencia sobre las mujeres. En algunos periódicos y revistas fue calificada como “moda licenciosa”, “moda indecorosa”, “moda inmoral”, “moda masónica” y “culto extremo a la carne”, para indicar su poca concordancia con los patrones morales establecidos y con las ideas promulgadas por la Iglesia Católica. En estas circunstancias, la moda empezó a ser percibida como el regreso de las antiguas creencias paganas representadas en la era moderna por las sectas masónicas y socialistas.

Tras el triunfo de la Regeneración, la iglesia católica en Colombia se convirtió en la institución guardiana del orden social y cultural. Su gran influencia política y social en la mayoría de los estratos sociales, le dieron el poder suficiente para censurar y perseguir todo aquello que fuera considerado “pecaminoso” y enemigo de los valores cristianos; de esta forma, no tardó en incluir en su “larga lista negra” a todas las corrientes ideológicas y políticas identificadas genéri-

camente con el socialismo y la masonería (el anarquismo, el protestantismo, el ateísmo y el liberalismo). Y aunque el liberalismo había asumido una actitud moderada con respecto a temas candentes como la laicización de la educación y la expropiación de los bienes de la Iglesia, esta última insistió en señalarlo en la Conferencia Episcopal de 1924 y en el catecismo *Frente al comunismo* (1928), como secta anticristiana defensora de las doctrinas socialistas.¹

En este contexto, la moda tampoco escapó a los señalamientos y fue objeto de diferentes campañas de desprestigio en la prensa. Entre los argumentos empleados para justificar su lucha frontal y hasta cierto punto “salvadora”, se afirmaba que la moda era un instrumento utilizado por los masones para controlar el mundo y hacer desaparecer el cristianismo de la faz de la Tierra.²

La propaganda masónica, argumentaban en la prensa, encontraba en los “excéntricos modelos de figurines”; los concursos de belleza y de modas; los bailes de la alta sociedad y los espectáculos públicos, momentos oportunos para atrapar católicas incautas y débiles de razón. Señalaron que la tarea de las sectas masónicas comenzaba en los concursos de belleza con la premiación de las modistas que utilizaran la menor cantidad de tela en los trajes y las faldas:

“El alza inmoderada de la falda ha venido a constituir, mejor que una moda exageradamente ridícula, un verdadero atentado contra las normas de la decencia y el buen gusto, como quiera que, a despecho de las modernas sacerdotisas del vestido, la falda extravagantemente corta sólo consigue destacar los defectos de la silueta femenina,

restándole en cambio armonía, elegancia y feminidad”.³

Con terror aceptaban que estas “campañas demoralizadoras oscuras” tendían a ser muy eficaces, pues el espíritu corruptor de las modas inmorales e indecentes se propagaba rápidamente en la ciudad. En los artículos de prensa, algunos cronistas se atrevieron a afirmar que el reinado de los masones se establecería y comenzaría a gobernar gracias a la influencia de la moda femenina, dando un golpe certero a la religión y la moral cristiana, al recaer en

La moda vista como “arma masónica” e “instrumento poderosísimo de sensualismo y corrupción”, tenía la capacidad de persuadir a las mujeres, columnas de esta institución religiosa por su “proclividad natural” a la religiosidad, para que se olvidaran de las buenas costumbres, la dignidad y el decoro; se apartaran de los cuidados del hogar y su familia, y comenzarán a caminar por un mundo de libertades absolutas, convirtiéndolas en objeto de perdición para la sociedad.

las mujeres la responsabilidad de educar e irradiar las buenas costumbres, la moral y los valores cristianos que asegurarían la continuidad de la iglesia católica, como principal institución religiosa de la sociedad.

La moda "I"

Hacia los años cincuenta, una nueva moda irrumpió en los templos con un toque de sensualidad que produjo escozor entre la jerarquía católica y en los sectores conservadores de la ciudad. Conocida como la moda "I" o moda Inmoral, su "pecado" radicaba en sus características que dejaban al descubierto partes del cuerpo de la mujer antes ocultas por la férrea moral: escotes profundos, vestidos carentes de mangas con escotaduras axilares, faldas altas y estrechas, y telas transparentes que resaltaban sensualmente los contornos de las damas, convirtiéndolas en objeto de tentación y pecado para los hombres.⁴

Gracias a su gran influencia entre las mujeres, la moda "I" fue entonces relacionada con una "fuerza sobrehumana", poderosa arma masónica de consecuencias "nefastas" para la moral y las buenas costumbres; una nueva amenaza que debía ser combatida por la religión católica desde todos los ámbitos.

La moda "I", se decía en la prensa, encaminaba a las mujeres a olvidar los preceptos morales y las buenas costumbres, haciéndolas más mundanas y pasionales. La falta residía en la deshonra del nombre cristiano, pues sus "vestuarios deshonestos" reflejaban las pasiones interiores que incitaban a los hombres a pecar, apartándolas del camino de la salvación prometida por Cristo:

"Ellas creen que la elegancia de la moda consiste en eso, precisamente: en dejar al descubierto lo que para la mujer debería ser lo más sagrado, y no piensan, no, con esas cabezas vacías de toda idea salvadora pero repletas de toda la inmundicia del mundo, que así, mostrando y cubriendo a la vez sus formas con telas transparentes o con tules cómplices, y usando vestidos, que en realidad no lo son, provocan los sentimientos de sensualidad y se hacen objeto de pecados, de los cuales ellas, y sólo ellas tendrán que responder ante Dios".⁵

Para el clero fueron evidentes varios pecados cometidos por las mujeres que lucían trajes "I". Los

dos primeros en la lista fueron la fornicación y la impureza, al incitar pensamientos, palabras y obras contra la "santa castidad". El tercero y quizás el más grave para la Iglesia fue el pecado del escándalo, un impulso maligno que causaba pensamientos, deseos y miradas pecaminosas.

Esta preeminencia de la materia sobre el espíritu originó una verdadera revolución donde la mujer fue protagonista, al responsabilizarla de la llamada "corrupción del momento", debido a su debilidad y alta propensión a caer en el pecado. Este último argumento encontraba sus orígenes en la tradición judeocristiana, que asociaba indisolublemente la noción de pecado con el acto de desobediencia de Eva narrado en el Génesis.⁶

Pero ¿en qué consistió su terrible pecado, una mancha que ha marcado al género femenino durante toda la historia de la humanidad? Basándose en los escritos de San Pablo, Filón el Judío y Clemente de Alejandría, San Agustín consideró que la primera falta cometida por los padres de la humanidad estaba relacionada estrechamente con el placer y la lujuria carnal producida en Adán al ver a Eva desnuda en el paraíso. Si Eva había sido capaz de generar estos pensamientos impuros en un "ser superior" como Adán, era necesario detener su influencia corruptora; de esta forma, San Agustín justificó la supuesta inferioridad de las mujeres al declarar que eran poseedoras de una serie de particularidades y defectos que las hacían más propensas a las pasiones carnales.

Con el tiempo, este enunciado marcó profundamente la conciencia de los padres, teólogos y santos de la Iglesia, hasta el punto de convertirse en un dogma cristiano. Eva y todas las generaciones futuras de mujeres serían acusadas de violar la ley divina gracias a su poca inteligencia y voluntad. Solamente el género femenino llevaría el peso de la culpabilidad al arrastrar a Adán hacia los placeres mundanos; estaría esclavizada a su cuerpo y al imperio de las sensaciones y sería objeto de sospecha al ser considerada una intermediaria del diablo que usaba sus encantos y belleza para condenar a los hombres.⁷

El temor de la respuesta masculina y las continuas acusaciones contra las mujeres, también se transformaron en una visión negativa de todo lo relacionado con el vestuario y las modas.

Entre las razones teológicas para justificar el desprecio por las modas femeninas, el discurso religioso argumentaba que los atavíos marcaron el comienzo de los sufrimientos de la vida terrenal, asociándolos con un recordatorio de la vergüenza sentida por Adán y Eva a causa de su desnudez. Una segunda razón identificaba al vestido con el mundo ficticio, un entramado de mentiras ideadas

por el diablo para engañar a las almas incautas. Por último consideraban a la moda como sinónimo del amor idólatra hacia el cuerpo. Así, las ideas contra los vestidos exuberantes, llenos de adornos y hechos con telas transparentes, siempre fueron asociadas con profundas intenciones inmorales, por supuesto del género femenino.

Ante el acecho de la moda "I" en la década de 1950, los padres de la Iglesia argumentaron que se constituía en una nueva amenaza para el género femenino, al romper con el imaginario de la mujer centinela de las buenas costumbres, mostrándola más humana y proclive a las debilidades de la carne. No obstante, el mayor impacto de la moda "I" residió en la pérdida de una gran aliada para la religión católica. Así, todo el proyecto educativo y moralista que durante tantos años fue liderado por la Iglesia católica estaba en peligro de desaparecer ante la influencia de la moda en las mujeres.⁸

Mujeres virtuosas y mujeres "esclavas de las modas"

Las fuertes críticas que señalaban a la moda como una "terrible enfermedad", tenían como personaje central a una protagonista que para el Estado, la Iglesia y la misma sociedad, no poseía un reconocimiento social en otros campos diferentes al de la formación de la familia y la prolongación de la especie: la mujer.

Al echar un vistazo a la prensa católica del período comprendido entre 1930 y 1960, es evidente que en los diferentes artículos publicados se resaltaron ciertas características que diferenciaban claramente dos tipos de mujeres, tanto en su forma de vestir como en sus pensamientos e ideas acerca del mundo moderno: la mujer virtuosa y la mujer "esclava de las modas".

La mujer virtuosa fue la depositaria del honor familiar, guardiana del hogar, madre y esposa. Por encima de todo, su vida debía estar consagrada a las labores domésticas y a la orientación de las futuras generaciones, ya que su cercanía con el plano espiritual le permitía asumir el sagrado deber de transmitir los fundamentos que sustentaban el edificio moral de la sociedad. Por esta razón, debía consagrar toda su vida a dos deberes primordiales: el cuidado de su familia, tanto de su esposo al que estaría siempre dispuesta a adivinar y a cumplir su voluntad, como el de sus hijos, a quienes debía educar en los más refinados principios morales y religiosos.⁹

Esta "sacerdotisa del hogar" también se caracterizó por ser solícita, cuidadosa, trabajadora, ahorrativa, dulce en sus modales y palabras. Era sencilla, humilde, casta y pura como la Virgen María, a quien se le exigían cualidades como el perdón, el olvido de los deslices de su marido y la negación del disfrute

sexual en pro de la reproducción y la prolongación de la especie.¹⁰

Ante el cambio de las costumbres y la "degradación moral de la sociedad", la Iglesia propuso

El modelo de mujer virtuosa encontró su antítesis en la mujer "esclava de la moda", un ser de carne y hueso que no conservaba el más mínimo rasgo de la mujer divinizada. A partir de los primeros embates de la moda, este tipo de mujer fue percibida como fuente de corrupción y pecado de los tiempos modernos, pues era altamente influenciada por la moda hasta el punto de perder el pudor, el decoro personal y las demás virtudes que debía poseer para ser acreedora de su puesto correspondiente en la familia y la sociedad.

en su discurso un programa ideal más hogareño y consagrado a los deberes religiosos que limitaban su contacto con las pasiones modernas, preservando en su interior la virtud, la castidad y el pudor, "resortes secretos" de su dignidad y de su ascendiente moral en el mundo.

Bajo este programa, las "modas inmorales" no tuvieron cabida en su vida por su fidelidad a las tradiciones y reglas morales. Para ellas, la religión ofreció una estética del vestuario que resaltaba por su sencillez y pudor: trajes largos y amplios, con cuello alto, mangas largas, sin extravagancias y

lujos. Nada que dejara a las miradas indiscretas el menor indicio de sensualidad y lujuria.

Para la "esclava de la moda", el pudor y el recato a la hora de vestirse pasaron a un segundo plano, porque era más importante estar a la moda que encontrar la salvación eterna. Ella fue considerada "alma mundana y frívola" que seguía como "loca" una voz diferente a Jesús y la Iglesia. No hacía mella de los sermones y de los artículos contra los dictados de la moda, quebrantando las normas morales y consintiendo todo tipo de pensamientos o acciones pecaminosas: practicaba gimnasia sueca, bailaba tango y fox-trot, usaba pantalón y falda hasta las rodillas, leía libros prohibidos y siempre estaba preocupada de sí misma hasta el punto que "...gasta en su toilette la mayor parte del día, descuidando hasta sus más sagrados deberes".¹¹

La mujer "esclava de la moda", cuando era soltera disfrutaba de ser objeto de deseo y de "escándalo".

Cuando estaba casada, el atractivo físico y el deseo sexual primaban por encima de los valores cristianos y las buenas costumbres. Por esta razón, se le catalogaba como pésima madre e infiel esposa al existir en su interior un deseo de emancipación con respecto a sus deberes conyugales y hogareños. Esto último representaba un “hecho gravísimo” dentro del pensamiento conservador, porque representaba un trastorno de toda la sociedad familiar, al privar al marido de la esposa, a los hijos de la madre y al hogar doméstico del custodio que lo vigilaba siempre.

Un buen ejemplo se expresó claramente en el siguiente texto publicado en el periódico *El Obrero Católico*, donde fue ironizada la imagen de la mujer “esclava de la moda” hasta el punto de señalarla como afrenta para la Iglesia y artífice de la desintegración de los hogares:

“¡Vestíos por Dios!

Jesús en los Sagrarios ya no existe

Por asco a la mujer que no se viste...!

¡Oh, mujeres, que andáis medio desnudas,
del pudor y recato sois los Judas...!

El impudor de la mujer del día,
aleja de nosotros a María...!

Brazos, piernas al aire y gran escote
han armado al Señor con el azote...!

Fuerza es que la honradez bien pronto falle
en quien semidesnuda va a la calle...!

La fiel esclava de la torpe moda
del varón será infiel desde la boda...!

Las mujeres que enseñan pantorrillas
no serán del varón buenas costillas...!

Vergüenza deben ser de sus esposos
las que su cuerpo dan a los ojos curiosos....!

Brazos y pecho al aire.... eso es, de fijo,
preparar mala cuna para el hijo...!

Piernas y brazos exhibir, ufanas,
es leña dar a las eternas llamas...!

Las que sus carnes andan exhibiendo
bocados para el diablo van vendiendo...!

Juro que las esclavas de la moda
con el señor don Diablo han hecho boda!

Las que lo dicho no tenéis, en cuenta,
sois del hogar y de la Iglesia afrenta...!

Oíd, mujeres, los regaños míos
y ¡vestíos... por Dios! ¡por Dios vestíos!”¹²

Dentro de esta concepción, la mujer fanática de la moda fue también señalada como una exhibicionista a la que le gustaba mostrarse provocativa ante los hombres y un motivo de perdición para las nuevas generaciones de jóvenes, debido a su influencia corruptora que generaba pensamientos lujuriosos y pecaminosos, llevándolos a quebrantar el séptimo mandamiento.¹³

La “mujer esclava” interpretaba la moda como una falsa libertad que, según argumentaban en el discurso conservador, la llevaría inevitablemente hacia su antigua esclavitud de la que fue liberada por el cristianismo. De esta forma, fue considerada como una “pagana moderna”, un instrumento de placer o capricho del hombre, quien en su alma conservaba la mancha del pecado; “bocados del diablo” cuya única ocupación residía en desviar las “almas buenas” para conducir las hacia los infiernos.

Estas dos visiones acerca de la mujer percibidas en la prensa conservadora, reflejaron una combinación de diversas tradiciones y concepciones acerca del orden social, sobre las cuales la Iglesia católica estableció sus bases desde la antigüedad. A su vez, mostraba una clara dicotomía filosófica y moral en su concepción cristiana acerca de la mujer. Por una parte, la consideraba seductora y débil frente a las tentaciones y, por otro lado, la catalogaba como un sujeto virtuoso y puro en quien debía recaer la importante tarea de educar y formar moralmente las futuras generaciones.

Dos tipos de mujeres, dos mundos, dos tradiciones, la eterna lucha entre el bien y el mal conviviendo en un mismo espacio geográfico y período. Fueron ellas, la mujer virtuosa y la mujer “esclava de la moda”, un claro reflejo de la lucha entre la tradición inamovible de varios siglos que encontraba en la Iglesia su principal representante, y el espíritu moderno que comenzaba a impregnar cada resquicio de la ciudad con nuevas ideas acerca del mundo.

El horror al desnudo

Ante los nuevos diseños en el vestuario femenino que sin ningún recato mostraban brazos, senos y piernas, la Iglesia y algunos sectores conservadores de la sociedad observaban horrorizados estas partes del cuerpo antes cubiertas por los “vestidos pudorosos”. Lo paradójico de este período consistió en que el vestido, antes considerado un escudo necesario para conservar el pudor, fue calificado como un dispositivo psicológico y erótico de las más bajas pasiones, que incitaba a los hombres a pecar.

El ideal evangélico de perfección y ascesis no podía permitirse pactar con este relajamiento moral generado por la moda y, en consecuencia, la denuncia de este grave peligro fue objeto de artículos de prensa y predicaciones en las celebraciones litúrgicas. En la prensa, los prelados y algunos cronistas argumentaron que la “moda inmoral” llevaba a la pérdida del sentido de modestia femenina al usar vestidos “indecentes” y por fuera de los parámetros estéticos señalados por la moral cristiana. Así, el vestido que encontraba su justificación en el “horror al desnudo” y en el sentido de modestia para evitar el lujo excesivo,¹⁴ dejaba de cumplir su papel principal como abrigo frente al el pudor.

El “horror al desnudo”, idea muy difundida entre los cristianos, tuvo su origen en las ideas filosóficas y religiosas neoplatónicas, las cuales reflejaron profundamente el pensamiento antiguo, que tuvieron una influencia muy importante en algunos pensadores cristianos como San Agustín, Santo Tomás, Johannes Eckhart y Nicolás de Cusa.

Nacida en Alejandría (Egipto) en el siglo II d. C., la teoría neoplatónica agrupó un conjunto de doctrinas filosóficas y religiosas, caracterizadas por la oposición categórica entre lo espiritual y lo carnal, sintetizando en estas formas las ideas metafísicas sobre el dualismo platónico de la idea y la materia.¹⁵ Su concepción idealista sobre la realidad partió de la idea del Uno (Dios), principio perfecto e infinito del cual emanaban tres planos o enneadas: la Inteligencia (Nous) o el acto mismo de conocer, el alma y el cuerpo. De la primera derivaba el alma universal, imagen del Nous y del Uno, en cuya actividad creadora se originaban las almas particulares de los seres humanos, capacitadas para darle movimiento a los cuerpos.

No obstante, las almas de los seres humanos al constituirse en puentes entre el Nous y el mundo material (cuerpo), podían estar sujetas a la influencia de los sentidos, adquiriendo principios de vida irracionales o, por el contrario, podían preservar su integridad e imagen de perfección mediante un proceso purificador para despojarse de todo lo material, que permitiría la unión extática con el Uno.

La adopción entre los cristianos de algunas variantes del dualismo neoplatónico, sirvió para justificar su doctrina relacionada con la salvación de las almas, en donde la tierra prometida no era tangible. A partir de la idea que señalaba el origen divino y la inmortalidad del alma, el ser humano debía apuntar hacia los planos superiores. Pero esta elevada concepción de la vida humana tenía el defecto de estar descarnada en un cuerpo que representaba una “cárcel para el alma”¹⁶ y un obstáculo para la progresión hacia lo divino. Cuando las pasiones corporales predominaban sobre las facultades superiores del alma, el pecado se hacía presente y rompía con el equilibrio existente entre el cuerpo y el alma, dos elementos que conformaban la “persona total”.

Desde San Agustín, la tradición cristiana había vinculado el pecado con el deseo sexual o la “maligna concupiscencia carnal”, apetito desordenado que hacía perder en el ser humano el control de sus sensaciones corporales, llevando consiguientemente a la banalización de las relaciones sexuales por encima de los mandatos divinos.¹⁷ Dentro de la teoría agustiniana, este instinto sólo podía ser contenido por un tipo de concupiscencia que limitaba la posibilidad de fornicar y sucumbir a los arrebatos del sexo: la concupiscencia matrimonial (*concupiscentia nuptiarum*),¹⁸ la cual limitaba el ejercicio de la sexualidad a los fines reproductivos.

La noción del pecado agustiniano sirvió de base para sustentar el discurso religioso contra las modas indecentes femeninas. La moda, madre de la vanidad, generaba la lujuria, la concupiscencia, el erotismo y la voluptuosidad. En el afán por atraer y llamar la atención de los hombres, la mujer se engalanaba y dejaba al descubierto partes “prohibidas” de su cuerpo, generando todo tipo de pensamientos lujuriosos y pecaminosos. Más allá, propiciaba el descubrimiento y el goce de su propio cuerpo, la apertura en su interior de nuevas sensaciones placenteras o pecaminosas que la llevaban a olvidar los más sagrados valores como el pudor, la castidad y la virtud. De esta forma, el templo sagrado del cuerpo se convertía en un recinto donde el alma femenina se despojaba de su divinidad para consagrarse a las más bajas pasiones.

Pero, ¿quiénes fueron considerados los “verdaderos” culpables de la corrupción de la mujer “esclava de la moda”? Dentro del pensamiento conservador y propio de la religión católica, este tipo de mujer era una corruptora, pero también fue víctima de su propia ignorancia al prevalecer en ella, al igual que en los primates, el “espíritu de imitación” que impedía tener un criterio propio o un carácter debidamente formado para diferenciar entre lo moralmente “bueno” y moralmente malo.¹⁹ Su perdición en el mundo de la moda tuvo entonces otros culpables.

Directamente, señalaron que el origen de la corrupción femenina no sólo se encontraba en la labor desarrollada por las sectas masónicas, sino también en los padres, esposos, novios, hermanos, cómplices de la maldad al no ejercer un verdadero control moral en el vestuario femenino. Pero más allá de los hogares y del limitado espacio social reservado para éstas, la mayor culpa recayó en las clases altas, quienes ejercieron una influencia negativa sobre las clases inferiores, gracias a su poder económico y social.

Sólo las clases superiores podían estar en constante contacto con las últimas novedades de la moda norteamericana y europea a través de sus viajes al extranjero y de los medios de comunicación de la época como la radio, la prensa, el cine y la televisión; sólo las clases adineradas de la ciudad tuvieron la posibilidad de incluir en su ropero un vestuario desafiante del ideal moral y estético cristiano; por lo tanto, sólo éstas podían imponer nuevos cánones estéticos que perduraron gracias al “espíritu de imitación” de los demás estratos sociales.

Tampoco se salvaron de ser señalados los modistos y diseñadores, en quienes recayó indirectamente parte de la responsabilidad, ya que en su afán de lucro crearon vestidos que desafiaron el orden moral establecido. Dentro del discurso conservador, fueron considerados “cómplices del diablo”, criminales que diseñaban vestidos cada vez más escotados y pequeños para facilitar la propagación de las enfermedades mortales como el cáncer y la tuberculosis. Pierre

L'Ermite en su cuento "Su majestad LA MODA", observó lo siguiente:

"-Y ¿qué hacen los que visten a nuestras jóvenes... Los responsables de esos cuerpos juveniles, esperanzas de la raza y del porvenir...? ¿Los inventores de las modas...? ¿Todas esas costureras? ¿Todos esos modistos...?"

-¿Que qué hacen, los miserables? ¿Desabrigar criminalmente a las jóvenes en pleno invierno!..."²⁰

Ante las nuevas influencias modernas como la moda femenina, el poder de persuasión ejercido por la Iglesia sobre la sociedad disminuyó considerablemente y sus argumentos comenzaron a perder validez, especialmente entre las mujeres, hasta entonces el mejor dispositivo para ejercer un efectivo control moral en el ámbito privado. Estas nuevas vicisitudes presentadas en el panorama de la ciudad sólo fueron un rasgo del afloramiento de nuevas ideas que redireccionaron el papel asumido por los estamentos de la ciudad, convirtiéndose en un punto de partida para vislumbrar una pugna entre la mentalidad tradicional de la sociedad medellinense y una faceta distinta por fuera de la normativa vigente.

Y la campaña comenzó...

La pérdida del pudor o el llamado "culto al desnudismo", la castidad y la crisis moral, constantemente fueron objeto de numerosas exhortaciones hechas desde el Vaticano por Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, quienes en sus encíclicas alertaron a los prelatos del mundo y a la humanidad, contra las posibles consecuencias del espíritu inmoral y la exhibición del cuerpo promocionado en la moda, un culto que quebrantaba la moral, el pudor y la virtud de todas las mujeres católicas.

Aunque durante el pontificado de Benedicto XV (1914-1922) se hizo alusión a la incidencia negativa de las modas femeninas en la encíclica *Sacra Propediem* del 6 de Enero de 1921, sólo en el pontificado de Pío XI (1922-1939) se inició una auténtica cruzada contra este "grave peligro". En el discurso pronunciado ante la Unión Internacional de Asociaciones Católicas Femeninas, Pío XI enfatizó en la necesidad de iniciar una campaña para combatir la indecencia de la moda, luchar por la dignidad del

nombre cristiano y enseñar la modestia cristiana del vestido entre las más jóvenes.²¹

Durante la Sagrada Congregación del Concilio celebrada el 12 de enero de 1930, Pío XI emitió una serie de instrucciones que formalizaron la confrontación cristiana contra la "bestia" y su "terrible creación", la moda, asignándoles un papel preponderante en esta lucha a las asociaciones católicas femeninas, los párrocos, directores de colegios y escuelas, religiosas y padres de familia.²²

Las exhortaciones contra la moda hechas desde El Vaticano tuvieron eco en Medellín. En diferentes períodos y bajo el mando de altos jerarcas, como Manuel José Caycedo Martínez, Tulio Botero Salazar y Miguel Ángel Builes, la iglesia católica y los sectores conservadores de la ciudad emprendieron campañas encaminadas a luchar contra "la inmoralidad reinante en el vestuario", procurando devolver a las mujeres sus bienes más preciados: los valores morales.

La más ferviente postura contra el mundo de la moda fue hecha por el obispo Miguel Ángel Builes, quien en sus cartas pastorales consignó sus pensamientos "ultramontanos" acerca de este asunto. En las pastorales escritas entre el período de 1924 a 1939, calificaba la moda como el "delicado arte de desnudarse elegantemente", una "nueva invención satánica" producto de la natural tendencia humana a la relajación moral que pervertía y paganizaba a las mujeres, trayendo consigo la ruina de las sociedades. Contra el uso de los pantalones femeninos, monseñor Builes indicó que era una "dulce tirana", una moda masculina que estaba en contra de las costumbres humanas y de las santas escrituras.²³

En la pastoral "La corrupción avanza" del 24 de febrero de 1953, monseñor Builes sostuvo que la difusión de las ideas anticristianas, materialistas, liberales y comunistas, habían incidido profundamente en la sociedad hasta el punto de llevarla a un estado de relajación moral. Señalaba que la raíz del

problema se encontraba en la soberbia de la vida (concupiscencia del espíritu), la concupiscencia de los ojos y la concupiscencia de la carne; esta última, argumentaba, era difundida por medio de las revis-

Las advertencias sobre el uso de las modas inmorales también se hicieron sentir en el mundo católico durante el pontificado del Papa Pío XII (1939-1958). En 1954, ante los Grupos de Mujeres Católicas Jóvenes de Italia, señaló que el principal paso para la reforma de las costumbres debía consistir en poner fin a las "indecencias de la moda", recalcando que su uso constituía "una ocasión grave y próxima de pecado", la cual ponía en peligro la salvación no sólo de quienes eran sus seguidoras sino también de toda la humanidad.

tas y estampas “pornográficas”, los baños mixtos en playas y piscinas, los bailes obscenos, las audiciones radiales “abiertamente inmorales”, los concursos de belleza y por supuesto las modas indecentes, cuyo “alto poder corruptor impregnaba la lascivia e impureza en cada una de las clases sociales”. Ante la “magnitud del problema”, hizo un llamado para que las mujeres católicas y los padres de familia formaran una cruzada en favor de la defensa de la decencia cristiana y el decoro, haciéndola extensiva a los dueños de los almacenes, quienes debían suspender la exhibición de maniqués en las vitrinas,²⁴ y a la prensa para que suprimiera los avisos ilustrados con mujeres “semidesnudas”.

Una postura más moderada fue la del arzobispo de Medellín Tulio Botero. En la carta pastoral reproducida el 15 de noviembre de 1958 en *El Obrero Católico*, exhortaba a sus fieles para que guardaran la compostura en el vestir durante las vacaciones de diciembre, una época propicia para lucir las últimas novedades de la moda en las piscinas y las fiestas elegantes. Así mismo, recordaba a las madres católicas la responsabilidad moral que tenían al vestir a sus hijas con trajes ligeros “...que cortan de raíz la flor del pudor natural y cristiano, que debería protegerse y robustecerse cariñosamente”.²⁵

En esta “batalla” librada desde los púlpitos y la prensa, la Iglesia también se valió del discurso higienista para prohibir los trajes muy escotados, considerados como una causa para la transmisión de la tuberculosis y el cáncer. No obstante, sus planteamientos sobre el origen y propagación de ambas afecciones difirieron sustancialmente del discurso higienista. Su concepción metafísica sobre la enfermedad llevó a señalarlas como una consecuencia directa de la conducta inmoral y contra la naturaleza de los seres humanos.²⁶

Cuando los pulpitos y exhortaciones morales dejaron de cumplir con su cometido, el accionar católico tomó otro rumbo. El discurso entonces se tradujo en práctica y los curas debieron idear nuevas estrategias para controlar este “mal”, procurando hacer un férreo control sobre las costumbres y las mentalidades de los ciudadanos. Así, las medidas se hicieron extremas hasta el punto de poner carteles en los templos para prohibir la entrada de las mujeres en trajes impúdicos e insinuantes, y negar la administración de la comunión o de los sacramentos como el matrimonio y el bautismo de sus hijos. Paralelamente, las prohibiciones y restricciones en el vestuario se extendieron a las asociaciones femeninas y los colegios de niñas, lugares en donde sus directivas debían controlar y si era necesario expulsar a quienes llevaban trajes “deshonestos”.

Otro espacio vital fue el programa dominical la “Hora Católica”, transmitido los domingos a través de las emisoras Claridad de Medellín y ocasionalmente en las emisoras Philco, en donde médicos y sacerdotes se encargaron de promover los valores cristianos

de la mujer como el amor al hogar, la pureza y la castidad.

La cuestión no era solamente vigilar el comportamiento en el ámbito público sino también en lo privado y, dentro de esta concepción, el brazo secular de

Las cruzadas contra la inmoralidad lideradas por algunas asociaciones católicas, complementaron este abanico de tácticas para contrarrestar la influencia de la moda.

la Iglesia trasladó a los hogares sus argumentos religiosos y morales, las sanciones sociales y las acciones para el control de actividades “inmorales”. En el caso concreto de Medellín se destacó la labor desarrollada por

la “Acción Católica”, un poderoso auxiliar para el oficio apostólico de los prelados que tenían el firme propósito de restaurar el espíritu cristiano en la sociedad. Integrada por distinguidas damas de la ciudad, quienes eran guiadas por los párrocos, la “Acción Católica” desarrolló sus actividades desde dos frentes: la instrucción religiosa de los sagrados deberes para cada miembro de la familia y la sociedad, y las acciones en pro de la moralidad pública, como las visitas amistosas a domicilio, las “exhortaciones fraternales” y la regulación de las actividades que influenciaban negativamente a los “espíritus”, como el cine, los deportes y la moda.²⁷

Una estética cristiana

El temor de la Iglesia hacia las ideas novedosas y modernas expresadas materialmente en las modas femeninas, no necesariamente se tradujo en el rechazo absoluto de la moda en todas sus dimensiones. Cuando estaba destinada al ornamento del cuerpo y a cubrir las partes pudendas de las personas, cumplía un noble propósito. Por esta razón, los prelados buscaron imponer su estilo acorde con las normas morales que regían en el momento, señalando constantemente cuál era la forma más apropiada del vestuario femenino.

La estética cristiana se configuró a partir de tres palabras que se convirtieron en requisitos fundamentales para diseñar el vestuario apropiado para las mujeres: higiene, pudor y decoro. El primer requisito, la higiene, tenía relación con el clima y las variaciones que podían producir “incomodidad” en la mujer al usar prendas muy descubiertas; el segundo aspecto, el pudor, estaba emparentado directamente con la modestia en su más estricto significado moral, y tenía como único fin regular el vestuario respetando las manifestaciones naturales de la sexualidad. La última exigencia, el decoro, estaba ligada directamente con la elegancia al exaltar la belleza y la dignidad

en la mujer. No obstante, el decoro no se restringió sólo a la belleza física, ya que desde este punto de vista sólo tenía como fin la seducción, el pecado y la concupiscencia. Esa belleza más exactamente hacía referencia a un embellecimiento acorde con los cánones católicos que procuraban moldear una mujer similar al ejemplo perfecto de la Virgen María, en quien se resaltaban virtudes cristianas como la modestia, la abnegación, la aceptación resignada de la voluntad de Dios, la humildad, la pureza de corazón, la virginidad y la maternidad.²⁸

Bajo este esquema, se impuso entre las mujeres de profunda fe católica, una forma virtuosa y cristiana de la moda, una apariencia muy ascética para el espíritu de los tiempos. Si deseaban ser mujeres cristianas “perfectas” y “honestas”, su aspecto físico también debía revelarlo. Por consiguiente, para alejar el sentimiento mundano de la concupiscencia, fuente de pecado para tantos católicos, propusieron una estética que promulgaba una serie de normas para el decoro de la mujer: el rostro debía conservarse “limpio” y sin ningún rastro de maquillaje; su cuerpo debía usar vestidos “pudorosos” no muy ceñidos, sin excesos de lujos, escotes muy pronunciados o telas transparentes. Un traje que no cumpliera con el requisito primordial de resguardar el pudor, no podía ser catalogado dentro de esta estética como bello.

El traje cumplía una misión importante cuando correspondía con los ideales cristianos, al actuar como un “escudo frente a la sensualidad desordenada”, por medio del cual se intentaba encaminar la lucha contra las nuevas ideas que se impusieron en el lenguaje visual y estético de la moda universal. Así, el control sobre el cuerpo de la mujer se volvió más estricto, pues estaba en juego la amenaza del mundo moderno sobre el orden social tradicional.

El potro indomable

A pesar de la fuerte campaña promocionada por la Iglesia en la prensa, la moda seguía ampliando su influencia sobre la sociedad medellinense, impregnando en las clases sociales sus nuevos conceptos estéticos que desafiaban ampliamente los cánones cristianos. Signo de los grandes cambios producidos en el ámbito internacional y nacional, la moda femenina de este período reveló la búsqueda de su identidad y el reconocimiento político, social y económico que reclamaban para sí las mujeres.

En un intento desesperado, la iglesia católica buscó en su discurso defender su proyecto evangelizador y educativo por medio de un fuerte control en el comportamiento de la mujer. Aunque todavía tuvo resonancia entre algunos círculos conservadores de la sociedad (las sociedades católicas, algunos periodistas, algunas damas y caballeros pertenecientes a las clases alta y media), empezó a presentar fisuras que indicaban cierto temor a lo novedoso, hacia las nuevas corrientes de pensamientos y estilos de vida

procedentes de Europa y Estados Unidos. Dentro de esta tónica, el discurso religioso comenzó a rezagarse hasta entrar en conflicto con otros discursos más afines con las dinámicas impuestas en el período de 1930 a 1960, como el que promocionaba la moda, más acorde con la novedad y el espíritu moderno, lleno de conceptos e incluso normas estéticas que en el fondo buscaban promover una vuelta a la individualidad y al espíritu hedonista.

Pero más allá de esta lucha entre lo tradicional —representado por el orden conservador de la iglesia católica y algunos círculos sociales—, y lo moderno —expresado en la novedad de las formas vestimentarias—, el discurso religioso y conservador promulgado en la prensa reveló una visión invariable y estática fundamentada en una doctrina antigua que justificaba la supuesta inferioridad del género femenino. Vestir a la mujer con prendas lujosas y maquillaje, según la Iglesia, contribuía a realzar sus encantos y sus bajas pasiones, al convertirla en objeto de pecado y en un instrumento utilizado por el diablo para conquistar las almas incautas.²⁹

Los castigos del más allá, las continuas acusaciones hechas en la prensa contra la mujer y las acciones encaminadas a detener el “imperio de lo efímero” y el deleite por la novedad, perdieron credibilidad en tanto las mujeres se dieron cuenta de que eran sólo formas para subordinar su comportamiento. Aunque no se puede afirmar que fue un cambio radical, sí se puede decir que inició un proceso cuya expresión más firme y sostenida se pudo encontrar a partir de la década del treinta. Desde entonces, los cánones estéticos comenzaron a transformarse a un ritmo más acelerado, reflejando un cambio en los poderes que controlaban el comportamiento de la sociedad. Así, la Iglesia perdió una batalla importante contra un contendor “artificial”: la moda femenina. El “sistema de la moda” y la brecha hacia la individualidad se impusieron, y en esta dinámica muy pocos dispositivos normativos basados en la moral católica lograron subsistir.

Agradecimientos

Este artículo presenta parte de los resultados obtenidos en la monografía de grado titulada “El Artilugio de la moda. Ideologías y mentalidades acerca de la moda en la prensa. Medellín, 1930-1960”, presentada en febrero de 2006 para optar al título de historiadora de la Universidad de Antioquia. Agradezco especialmente al CODI-CISH, por su apoyo económico a través del fondo de apoyo para trabajos de grado en pregrado, y por su valiosa asesoría a Eduardo Domínguez Gómez, profesor de la Facultad de Comunicaciones y director del grupo de investigación Comunicación, Periodismo y Sociedad. ■

Bibliografía

- "La Secta Masónica ha emplazado todas sus baterías". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 27 de febrero de 1937, p. 5.
- "Normas de decoro y elegancia señala Su Santidad a la moda". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 30 de noviembre de 1957, p. 8.

Notas

1. Vega cantor, Renán. *Gente muy rebelde. Socialismo, cultura y protesta popular*. Vol. 4, Bogotá, Ediciones Prensa/Crítico, 2000, p. 81.
2. "El inspirador de la moda". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 12 de marzo de 1927, p. 1.
3. Mary-Luz, "La falda corta". En: *El Pueblo*. Medellín, 18 de septiembre de 1941, p. 6.
4. "La Moda «I»". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 11 de septiembre de 1954, p. 4.
5. "Las mujeres indecorosas obligan a un prelado a tomar medidas extremas con los sacerdotes de su propia diócesis". En: *El Heraldo Católico*. Medellín, 12 de septiembre de 1953, p. 1.
6. En las cartas de San Pablo a Timoteo, este pensamiento quedó expresado así: "Y no fue Adán el engañado, sino Eva la que se dejó engañar y cayó en pecado" (I Timoteo 2, 14). Posteriormente, Tertuliano argumentaría: "¿Y no sabes que Eva eres tú? Ella vive en este mundo la sentencia de Dios contra este sexo. Vive, pues, es preciso, como acusada. Tú eres la puerta del Diablo (*diaboli janua*); tú, que rompiste el sello del Árbol; tú, la primera transfuga de la ley divina; tú que convenciste a aquel al que el Diablo no había podido atacar; tú, que, con cuánta facilidad, quebraste al hombre, imagen de Dios". Véase: Guy Bechtel, *Las cuatro mujeres de Dios. La puta, la bruja, la santa y la tonta*, Barcelona, Ediciones B., 2001, p. 55.
7. Aubert, Jean Marie. *La mujer. Antifeminismo y cristianismo*. Barcelona, Editorial Herder, 1976, pp. 67-68.
8. Perdigon, Patricia. "Discurso religioso y contradiscurso en el proceso de industrialización y modernización de Medellín, 1920-1940". Tesis de pregrado. Departamento de Historia. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 1995, pp. 103-104.
9. A partir de la proclamación del dogma cristiano de la Inmaculada Concepción en el año 1854, en el mundo católico nuevamente se impuso el ideal mariano, que asignó a las mujeres una importante misión en la sociedad: en el núcleo familiar, debía evangelizar y modelar a su esposo y sus hijos. Entre las mujeres de la elite, además recayó en la responsabilidad de ejercer las misiones sociales que buscaban educar y servir de modelos a las mujeres de las clases populares. Véase: Catalina Reyes Cárdenas, *Aspectos de la vida social de Medellín, 1890-1930*, Bogotá, Colciencias/Tercer Mundo, 1996, pp. 169-170.
10. "Dos mujeres". En: *El Pueblo*. Medellín, 3 de mayo de 1941, p. 11.
11. X.X. "Vanidad". En: *Antioquia por María*. Medellín, junio de 1928, p. 1052.
12. "¡Vestíos por Dios!". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 30 de abril de 1927, p. 4.
13. PÍO XI, "Carta Encíclica Casti Connubii del Papa Pío XI sobre el Matrimonio Cristiano". En: Página Oficial del Vaticano. [on line] http://www.vatican.va/holy_father/pius_xi/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_31121930_casti-connubii_sp.html. [Consulta: 03/05/2005]
14. I. Gomá. "¿Qué es el vestido?". En: *El Obrero Católico*. 24 de septiembre de 1927, p. 1.
15. La estructura general del neoplatonismo, aunque encontró las bases de su pensamiento en Platón, puede ser considerado un platonismo más lógico y ordenado, con notables influencias del pensamiento aristotélico, gnóstico, estoico y oriental. Véase: Luis Farre, *Tomás de Aquino y el neoplatonismo. Ensayo histórico y doctrinal*, Buenos Aires, Instituto de Filosofía/Universidad Nacional de la Plata, 1966, p.12.
16. En San Agustín, el cuerpo corruptible no es la causa del pecado sino la pena por el pecado. En sus planteamientos que estaban en contra de los platónicos y los maniqueos, afirmaba que era una obra maestra de Dios. Véase: María Ángeles Navarro Girón, "La ciudad de Dios de San Agustín, materiales para el estudio", *Revista Agustiniana*, vol. 21, no. 121, enero-abril, 1999, pp. 212-213.
17. Pero más allá de las acciones, la teología moral también introdujo el concepto de "delectación" para designar todo tipo de pensamientos pecaminosos que podían producir placer carnal. Además, estableció diferentes niveles de este tipo de pecado: si los pensamientos eran consentidos plenamente se conocía como pecado capital, pero si la voluntad sólo lo consentía a medias era un pecado venial. Véase: Guy Bechtel, *La carne, el diablo y el confesionario. El Kama Sutra de la Iglesia*, Barcelona, Anaya & Mario Muchnile, 1997, p. 118.
18. Proclo. *Elementos de Teología*. Buenos Aires, Aguilar, 1965, pp. 216-217.
19. Küng, Hans. *Grandes pensadores cristianos. Una pequeña introducción a la teología*. Madrid, Trotta, 1995, pp. 86-87.
20. "Tal vez los «modistos» logren lo que no han podido lograr todos los sacerdotes". En: *El Heraldo Católico*. Medellín, 7 de agosto de 1954, p. 12.
21. "La moda. El ejemplo de arriba". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 22 de enero de 1927, p. 3.
22. L'ermite, Pierre, "Su majestad LA MODA". En: *La Familia Cristiana*. Volumen 28, Número 1.117, Medellín, 25 de mayo de 1928, p. 118.
23. "Pío XI y la moda. El discurso ante la U. I. de Asociaciones Católicas Femeninas". En: *Antioquia por María*. Número 57, Medellín, 25 de febrero de 1926, p. 877.
24. "Instrucción de la Sagrada Congregación del Concilio contra las modas deshonestas". En: *Antioquia por María*. Número 90, Medellín, junio de 1930, pp. 1590-1592.
25. Builes, Miguel Ángel. *Cartas pastorales, 1924-1939*. Medellín, Bedout, 1958, pp. 89-90.
26. Builes, Miguel Ángel. *Cartas pastorales, 1949-1957*. Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1957, pp. 276-277.
27. Botero Salazar, Tulio. "Carta Pastoral. Modestia en el vestir y moralización en las diversiones pide el Exmo. Sr. Arzobispo". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 15 de noviembre de 1958, pp. 1 y 3.
28. Mesa, Juan Fernando. "La inmoralidad y las enfermedades". En: *El Obrero Católico*. Medellín, 3 de julio de 1954, p. 4.
29. La iglesia católica "elevaba" y dignificaba el papel de la mujer dentro de la sociedad al concederle la tarea de educar las nuevas generaciones. No obstante, fue también muy explícita en cuanto a su inferioridad y sometimiento ante el hombre. En el campo legal, esta situación se tradujo en leyes que sometían a las mujeres casadas y solteras a la dependencia del hombre, tanto en el manejo de los bienes económicos como en su condición jurídica y política. Véase: Catalina Reyes, *Aspectos de la vida social de Medellín, 1890-1930*, pp. 215-216